LA REVISTA CATÓLICA.

PERIÓDICO RELIJIOSO, HISTÓRICO, FILOSÓFICO I LITERARIO.

Non vincit nisi veritas: victoria veritatis est Caritas.

La verdad es la que vence: la caridad es el triunfo de la verdad.

SAN AGUSTIN, Sermon 358.

Año XXI.

Santiago, Julio 30 de 1864.

Núm. 828.

SUMARIO.

Reforma de la constitucion, III.—Fuero eclesiástico.
—Crónica estranjera.—Dos palabras sobre la medi-
tacion i la comunión espiritual, conclusion.—Cróni-
ca relijiosa.—Fe de erratas.

Reforma de la Constitucion.

III.

Vimos ya que el dar libertad de cultos conservando a un mismo tiempo el catolicismo como relijion de estado, era un modo absolutamente inaceptable de reformar nuestra constitucion. En este sistema perdería el catolicismo las ventajas que reporta de su dominacion esclusiva, i al paso que él quedaría bajo la presion deletérea de la autoridad, los cultos disidentes gozarían de una omnímoda libertad que daría notable incremento a sus instituciones. Si no se ha de cometer la iniquidad de elevar a mejor posicion los cultos del hereje i del estranjero que la relijion verdadera i de los chilenos, no hai más estremos por que optar, que el ateísmo político que igualaría todas las relijiones, i el exclusivismo católico que sanciona el artículo 5.º de la constitucion.

Estamos por que se conserve el actual orden de cosas. Exijlenlo así imperiosamente altas razones i conveniencias, que convienen no solo a la relijion sinó tambien a la felicidad temporal de Chile. La razon indica i toda la historia de la humanidad lo confirma, que la falta de uniformidad en las creencias relijiosas de los ciudadanos es para el estado la fuente más fecunda de todo jénero de males. Si la unidad, enerjía, prosperidad i buen orden de los estados pierden tanto, cuando abrazan jentes de distintas razas, idiomas, costumbres o caracteres,

incomparablemente sufre más la vida de la nacion cuando la relijion viene a ser el elemento discordante i anarquizador.

Es natural que así sea. En teoría todas las relijiones son necesariamente intolerantes, porqué siendo sistemas opuestos acerca de las relaciones que ligan a la criatura con el creador, la que no escluyese a sus contrarias confesaría que no era la verdadera. I una vez que ese principio de mucltua intolerancia que llevan en sus entrañas las diversas relijiones, viene a manifestarse o desenvolverse en el orden práctico, las consecuencias suelen ser fatales. No hai discordias civiles que merezcan compararse a las discordias relijiosas, ni por su estension, ni por su intensidad. Cada cual ve cifrada en la observancia de la relijion que profesa, la felicidad de la vida futura; i como los intereses eternos son los que más profunda i vivamente afectan al hombre, está dispuesto a llevar hasta el martirio su adhesion a sus creencias relijiosas i su celo i abnegacion en difundirlas. Por esto, una vez empeñada la lucha relijiosa, la fuerza pública es ineficaz para contener a los contendientes en el orden legal i apagar el incendio cuyas llamas no tardarán en devorar la paz i las instituciones sociales. Siempre que cultos disidentes han querido erguir cabeza en pueblos uniformados por sus creencias relijiosas, se ha visto conmoverse a la sociedad hasta en sus fundamentos, enlutarse el cielo i enrojecerse la tierra. Por tan terrible crisis han pasado las naciones en que dominan diversas relijiones; i si hoi día no experimentan los estragos de las disenciones relijiosas, débennlo a que el hecho de la

diversidad es antiguo, i varias jeneraciones han nacido, crecido i vivido contemplándolo i acomodando a sus exigencias, sus ideas, sus hábitos, su conducta así privada como pública.

Relijiones diversas en un mismo estado llevan la anarquía a todas las esferas de la vida del ciudadano. Ello es lójico, desde que la relijion es un principio de aplicacion universal, que todo lo inspira, envuelve i domina. Se apodera de la conciencia, nutre el pensamiento, educa el corazon, dirige la vida privada, informa la sociedad, determina las instituciones. Es natural entonces que la presencia de diversas relijiones traiga continuamente alterado el interior del hombre, produzca el recelo, la intolerancia i disenciones en el hogar doméstico i en el trato social, pervierta las costumbres, dificulte i estravie la educacion e instruccion de las masas, introduzca en las leyes graves complicaciones, i ocasione a todo el gobierno continuos i serios conflictos. De todo esto resulta que la accion de la autoridad se vea anarquizada, que el carácter nacional pierda su unidad i enerjia propia, que todo vaya en decadencia. I agréguese que con la diversidad de cultos cunde el indiferentismo, i junto con las creencias relijiosas van desapareciendo las virtudes morales, sin las que carecen de su savia fecundadora así los intereses públicos como los privados, i todo es perdido.

No es pues de extrañar que los políticos ilustrados i sensatos hayan estado siempre por que se procure conservar la uniformidad de creencias entre los individuos de una misma nacion, i solo hayan sostenido la tolerancia de cultos disidentes donde estos existen de hecho i son un mal inevitable. Hé aquí lo que dice Ahrens: «La diversidad de relijiones en una misma nacion tiene, si bien se medita, no pocos inconvenientes. Esto no quiere decir que se tenga como un dogma la intolerancia, i que se arme el brazo del hijo para descargar sobre la cabeza de su padre; solo se quiere manifestar que la unidad de creencias entre todos los que componen una nacion, unidad espontánea i de conviccion, i arraigada en lo pasado, es mil veces

preferible a la diversidad de cultos; que es una felicidad para los que viven bajo un mismo gobierno, tener todos unos mismos sentimientos relijiosos. La unidad de creencias en todo el jénero humano es el fin a que aspiran los nuevos reformadores; de modo que hasta por sus mismos principios, se descubren las ventajas que llevan a los demás, aquellas naciones que no abrigan en su seno un jérmén de discordia i desunion, alimentado por la diversidad de cultos.»

Tales son seguramente los únicos principios que deben animar i dirigir la política de un estado como Chile, cuya poblacion siempre ha sido i es profundamente católica. No solo gozamos de la ventaja de la unidad de creencias, unidad espontánea i de conviccion, i arraigada en lo pasado. sinó que tenemos la incomparable dicha de profesar la única relijion verdadera, aquella que reveló al mundo la sabiduría divina i selló con su sangre preciosa, que contiene la solucion de todos los problemas humanos, que sabe educar i dirigir el corazon en las immaculadas vías de la justicia eterna, que es capaz de rejenerar i santificar nuestra naturaleza, de curar todos los males i satisfacer todas las necesidades, de animar i perfeccionar todos los estados, condiciones e instituciones. Favorecer la implantacion del protestantismo en Chile, es romper con todos los antecedentes de nuestra historia, herir en lo más vivo las convicciones i votos de los pueblos, amagar con voraz incendio la relijion i la patria, enflaquecer la nacion i preparar su ruina. En lo presente como en lo porvenir la pujanza de Chile se cifra en la unidad, vigor i escelencia de sus ideas relijiosas.

Fuero eclesiástico.

Por estar esta materia a la órden del día, comenzamos a reproducir algunos artículos escritos sobre ella en otra ocasion.

I.

La iglesia de Cristo es infalible en la definicion i enseñanza de los dogmas. Esa infalibilidad ha sido mil veces definida como la base fundamental de nuestras creencias, perennemente reconocida i acatada

por los fieles de todos los siglos cristianos, i se funda en aquellas esplicitas palabras del hijo de Dios: *las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; id i enseñad a todas las jentes i el que no creyere se condenará.* Ahora bien si tal o cual especie de causas pertenece o nó a la jurisdicción de la iglesia, es punto que cae bajo el dogma i la moral, materias en que la iglesia es infalible. Decimos que cae bajo el dogma, por cuanto se trata de definir hasta donde va la mision i facultades que Jesucristo confirió a su iglesia. Decimos tambien que cae bajo la moral, por cuanto segun sea la jurisdicción a quien corresponde cierta especie de causas, existirá o nó la obligacion de obedecer, i este es punto de conciencia. Luego la iglesia es infalible toda vez que define que tales o cuales asuntos están sometidos a su jurisdicción; así lo han confesado i confiesan los católicos, a quienes nunca ha sido ni será lícito apartarse de tantas definiciones de este jénero que ha pronunciado o puede pronunciar la iglesia.

Ahora bien, repetidas veces ha definido la iglesia que a su propia jurisdicción i no a la del estado compete el conocimiento de las causas aún profanas de los clérigos. Podríamos comprobar esta asercion con muchas citas; pero bastan a nuestro propósito las de los concilios siguientes: el Lateranense, V, ses. IX se espresa de este modo: *Cum a jure tan divino quam humano laicus potestas nulla in ecclesiasticas personas attributa sit: siendo de derecho así divino como humano el que los laicos no tengan poder alguna sobre las personas eclesiásticas.* El Tridentino, sess. XXV, c. XX, exhorta a los príncipes no permitan se quebrante *la inmunidad de la iglesia i personas eclesiásticas establecida por ordenacion de Dios i por sanciones canónicas: Ecclesiae et personarum ecclesiasticarum immunitatem Dei ordinatione et canonicis sanctionibus constitutam* (1). Segun estas definiciones, el fuero

clerical no es una gracia del estado, una institucion civil; ni es tampoco una lei puramente canónica, sino en cierto modo divina. Ninguno de estos dos concilios invoca las leyes de los emperadores, como el orijen de esa inmunidad; al contrario, el segundo declara que es una obligacion estricta de la autoridad temporal el reconocer i sancionar ese privilegio establecido por Dios i por los cánones. Como jenerales que fueron los antedichos concilios, estuvieron asistidos por el Espíritu Santo, i en sus definiciones se halla verdad pura. A ningun católico le es lícito desechar su autoridad; el que lo haga, con la misma razon desechará la autoridad del Tridentino en la parte que declara competir a la iglesia establecer impedimentos para el matrimonio i conocer en las causas acerca del valor i licitud de este; i de una en una, irá desechando todas las definiciones dogmáticas de la iglesia. Es pues inconcuso que compete a la jurisdicción de la iglesia i nó a la del estado conocer en las causas aún profanas de los clérigos.

Aún hai más. La iglesia no solo es infalible en sus definiciones dogmáticas, sino tambien en su práctica i disciplina universal. No tanto se enseña hablando cuanto prescribiendo i obrando. Dejaría la iglesia de ser columna i firmamento de la verdad, i prevalecerían contra ella las puertas del infierno, si no ya en sus dogmas, pero al menos en sus instituciones pudiese injerir algo contrario a la fe o a la sana moral. La santidad es el principal atributo de la

aquellos como sus príncipes, presten la debida observancia a las sagradas constituciones de los mismos pontífices i concilios. Decreta en consecuencia, i manda que todos deben observar exactamente los sagrados cánones, i todos los concilios jenerales, así como las demás constituciones apostólicas, hechas a favor de las personas i libertad eclesiásticas, i contra sus infractores; las mismas que tambien renueva en todo por el presente decreto. Por tanto, amonesta al emperador, a los reyes, repúblicas, príncipes, i a todos i a cada uno de cualquier estado i dignidad que sean, que a proporcion que más ámpliamente gocen de bienes temporales, i de autoridad sobre otros, con tanta mayor religiosidad veneren cuanto es de derecho eclesiástico, como que es peculiar del mismo Dios, i está bajo su patrocinio; sin que permitan que le perjudiquen ningunos barones, potentados, gobernadores, ni otros señores temporales, o majistrados, i principalmente sus mismos ministros; antes por el contrario procedan severamente contra los que impiden su libertad, inmunidad i jurisdicción, sirviéndoles ellos mismos de ejemplo, para que tributen veneracion, religion i amor a las iglesias; imitando en esto a los mejores i más religiosos príncipes sus predecesores, quienes no solo aumentaron con preferencia los bienes de la iglesia con su autoridad i liberalidad, sino que los vindicaron de las injurias de otros. Por tanto cuide cada uno en este punto con esmero del cumplimiento de su obligacion; para que con esto se pueda celebrar devotamente el culto divino, i permanecer los prelados i demás clérigos en sus residencias i ministerios, con quietud i sin obstáculo, con fruto i edificacion del pueblo." Cap. 20, Ss. 25.

(1) He aquí el testo completo de este capítulo del Tridentino:

«Deseando el santo concilio que no solo se restablezca la disciplina eclesiástica en el pueblo cristiano sino que tambien se conserve perpetuamente salva i segura de todo impedimento; ademas de lo que ha establecido respecto de las personas eclesiásticas, ha creído tambien deber amonestar a los príncipes seculares de su obligacion, confiando que estos, como católicos, i que Dios ha querido sean los protectores de su santa fe e iglesia, no solo convendrán en que se restituyan sus derechos a esta, sino que tambien reducirán todos sus vasallos al debido respeto que deben profesar al clero, párrocos i superior jerarquía de la iglesia; no permitiendo que sus ministros o majistrados inferiores violen bajo ningun motivo de codicia, o por inconsideracion, la inmunidad de la iglesia, ni de las personas eclesiásticas, establecida por disposicion divina, i por los sagrados cánones; sino que así

iglesia, i esa santidad se versa ante todo en su práctica i disciplina jeneral, como quiera que ellas son la manifestacion más espléndida i permanente del espíritu que la asiste i gobierna. En ellas nada puede haber que no sea enteramente conforme a verdad i justicia, i no pueden por lo mismo, contener usurpacion alguna de derechos ajenos. No es pues necesario que la iglesia defina expresamente que tal o cual especie de causas corresponde a su jurisdiccion, para que ello se tenga por artículo de fe; basta que mediante sus cánones i práctica haya declarado suficientemente que su jurisdiccion se estiende a tales o cuales puntos. Considerado en este punto de vista el fuero eclesiástico, se comprueba que no es una pura institucion civil, sino ante todo emanada del derecho divino i canónico, no tan solo con las definiciones dogmáticas de los concilios jenerales que hemos citado, sino con todos los cuerpos de derecho eclesiástico, repletos como están de disposiciones dirigidas a declarar i sancionar la inmunidad, así real, como personal. I es de notar que en pocas materias ha sido tan severa la legislacion eclesiástica, fulminando excomunion mayor, reservada al papa, contra los que violan o despojan a las iglesias, i contra los que llevan a tribunales legos las causas civiles de los eclesiásticos. I tan antigua es la práctica de la iglesia respecto a este privilegio, que el ximio Suarez halla en esto un argumento para creer que es de orijen divino. «Cuando la tradicion, dice, es constante i perpetua, suele manifestar el derecho divino, sobre todo cuando no aparece razon para atribuirlo a una institucion apostólica. Tal parece ser la tradicion de esta escension. Tan antigua es que no se sabe asignar cuando comenzó. Siempre ha sido observada segun la condicion de los tiempos, principalmente desde los emperadores cristianos. Bajo los emperadores paganos no pudo hacerse ejecutar respecto de los magistrados infieles, que no obedecian a la iglesia; pero esto pertenece solo al hecho, i no daña el derecho, el cual nunca falló a la iglesia, como lo manifiesta el que siempre los prelados hicieron observar este derecho de la inmunidad en cuanto era posible entre los mismos fieles.» (Defens. fidei, lib. 4, cap. 8.)

I no se diga que con esta facultad de resolver qué asuntos son de su competencia i cuales nó, damos a la iglesia un poder exorbitante, de que fácilmente podría abusar dominando i oprimiendo el órden político. Esta observacion sería justa, si la iglesia pudiera engañarse en sus senten-

cias o en su disciplina; pero la iglesia es santa e infalible, i no hai que temer la ofusquen las ocasiones u otra alguna causa de error. Esa observacion es solo aplicable a los diputados, senadores i demás personas que componen el gobierno temporal, pues no cuentan con promesa alguna que lo ponga a salvo de muchísimos motivos que o ciegan el entendimiento o pervierten la voluntad. Cabalmente, una de las grandes ventajas anejas a la infalibilidad de que Jesucristo dotó a su iglesia es el que haya quien pueda conocer i declarar de un modo cierto cual es su mision i hasta donde van sus derechos, como asimismo cuales son así las facultades como las obligaciones de todos los hombres, incluidas las del mismo poder temporal.

II.

En nuestro anterior artículo hemos invo-cado el oráculo infalible de dos concilios ecuménicos para probar que compete a la jurisdiccion eclesiástica i no a la temporal el conocimiento de todas las causas civiles i criminales de los ministros del Altísimo, i que esta competencia se funda, así en el derecho humano, como en el divino. Siende irrecusable para los católicos la autoridad en que se apoya esta tésis, bien podríamos escusar la esposicion de las razones que la explican i demuestran. Con todo, como la fe no desdeña la ciencia i por el contrario se enaltece rodándose de sus resplandores, pro baremos a darnos razon de como la inmunidad eclesiástica se funda en el derecho divino. I con este objeto no nos contentaremos con decir que todas las instituciones eclesiásticas emanan mediata o inmediatamente de Dios, pues que o fueron hechas por el mismo N. S. Jesucristo, o por la iglesia a virtud de la autoridad que su fundador comunicó i comunicó a sus vicarios en la tierra.

En la iglesia no solo se mira como divino lo que paladino i esplicitamente fue ordenado por el Hijo de Dios, sino tambien cuanto es conforme a su naturaleza o necesario i tendente al fin de su institucion. Porqué así como se llama derecho natural el conjunto de las leyes que la razon descubre estudiando en el hombre su naturaleza i su fin, así tambien en la iglesia, que es una sociedad sobrenatural i divina, por sobrenaturales i divinas han de tenerse todas aquellas cosas que, aunque no esplicitamente contenidas en la tradicion divina, escrita o no escrita, se hallan formal i esencialmente envueltas en la constitucion i fin de la iglesia.

En consecuencia, para saber hasta donde

por derecho divino se extiende la jurisdicción de la iglesia, no solo se ha de inquirir qué cosas confió espresamente N. S. Jesucristo a su cuidado i dirección, sino a un tiempo mismo cuales son las condiciones o medios de que ha menester para alcanzar el fin que le señaló. Tanto más natural es esta última investigación, cuanto que N. S. Jesucristo no entró a detallar las facultades que dejaba a su iglesia, ni esto era necesario. A escepcion de una que otra cosa que especialmente recomendó a sus apóstoles, las demás facultades necesarias para reir la iglesia se las confirió de un modo sumario e indeterminado en la potestad de las llaves, en la de atar i desatar, i con otras espressiones equivalentes para dar a entender que les comunicaba cuantos poderes fueran precisos para que se continuase la mision con que habia venido al mundo. La institucion del poder espiritual en esta forma no solo era suficiente, por cuanto bastaba determinar el fin a que habia de aspirar la iglesia para que por el mismo hecho que dara investida de todas las atribuciones indispensables para lograrlo, sino además la más conveniente desde que por existir i desenvolverse en este mundo, la iglesia habia de acomodar el ejercicio de su poder a las vicisitudes de los tiempos. Empero, si de haber Dios asignado un fin a la iglesia se deduce lójicamente que la dotó de la autoridad indispensable para arribar a él, comparando el fin de la iglesia con el de las demás instituciones i sociedades humanas se sigue no menos rigurosamente que las escede a todas en el derecho de estatuir cuanto convenga a su conservacion i acrecentamiento. En efecto, a diferencia de las demás sociedades, cuyos intereses están circunscritos a cierto espacio de lugar i tiempo, el bien de que la iglesia cuida toca a todos los hijos de los hombres; i este bien no solo es superior a aquellos intereses, por razon de su universalidad, sino por su propia escelencia, pues es infinita la distancia que separa el cielo de la tierra, i el tiempo de la eternidad. La iglesia tiene además el privilegio de ser única en su especie i de una absoluta necesidad, pues en ella i solo en ella hallan los hombres lo que han menester para alcanzar la gloria para que fueron creados. I si a este fin último i necesario del hombre, de que la iglesia debe cuidar, están subordinados los fines de cualesquiera otras instituciones o sociedades, el derecho que asiste a estas de procurar los elementos indispensables para subsistir i crecer, ha de estar necesariamente subordinado al que compete a la iglesia con igual objeto.

De estos principios resulta que si la iglesia necesita para cumplir con su mision en este mundo reservarse el reconocimiento de ciertas causas, inhibiendo de entender en ellas a la jurisdicción temporal, está en su derecho haciéndolo así. He aquí porqué ha podido hacerlo respecto a las causas profanas de los eclesiásticos. Para establecer la inmunidad personal de estos, la iglesia ha tenido poderosos motivos. El sacerdocio, sin el cual no puede haber relijion, está llamado a ejercer en la sociedad su saludable influencia, no con el apoyo de la fuerza material, sino principalmente con el ascendiente de su augusto carácter. Ese poder moral de que debe estar revestido el sacerdote, se desvanecería en mucha parte, si como cualquier otro hombre pudiera ser obligado a comparecer en juicio delante de jueces laicos. Esto sucedería sobretodo en materias criminales, pues ya a causa de la publicidad de las imputaciones hechas a un sacerdote o de sus verdaderas faltas, ya a causa de la penalidad de la legislación secular, poco adecuada al sagrado carácter de los ministros del altar, dejaría de parecer ante los ojos del pueblo con el decoro conveniente para conciliar el respeto i acatamiento que se debe tener por sus augustas funciones. Empero, aunque muy fundadas estas razones, no son las principales que han motivado la inmunidad personal de los eclesiásticos. Tiene esta por objeto primario poner a salvo de una injusta opresion los gravísimos i trascendentales intereses, que están a cargo del sacerdocio. No es raro, i ahí está para comprobarlo la historia de todos los siglos cristianos, que los príncipes de este mundo pretendan injerirse en la enseñanza de los dogmas, en la predicacion de la moral, en la celebracion de los misterios del culto, i en todo lo que forma el régimen i economía de la relijion. I de esta injerencia que pretenden, ya porqué son de los obsecados por el error, o porqué sus pasiones se estrellan contra la enseñanza cristiana, o porqué quieren ser absolutos en el mando i comerciar con las cosas santas, haciéndolas servir a los planes de su codicia o ambicion, nacen de continuo graves disensiones entre ellos i los depositarios del poder espiritual. Estos son hombres, i por lo mismo es preciso colocarlos en condiciones tales que no puedan ser compelidos a traicionar sus deberes i sacrificar así los más sagrados intereses de los pueblos. Si no gozaran de inmunidad, un gobierno para quien fuesen antipáticos o embarazosos algunos ministros de la iglesia, echaría mano de cualquier pretexto para perseguirlos, tur-

barlos en su ministerio, o separarlos de su puesto, i aún, puesto que del comun de los eclesiásticos no ha de esperarse una virtud hasta el heroísmo, para hacerlos prevaricar. Los pretextos no faltarían, pues la legislación secular estralimitando su esfera de accion i entrándose en la propia de la iglesia para prescribir muchas cosas a que la conciencia de un católico, de un sacerdote, i menos de un pastor de almas, no puede prestarse, los suministraría en abundancia. En efecto, los tribunales laicos, ante quienes fuese arrastrado un eclesiástico, considerarían delito comun, i por lo tanto, sometido a su conocimiento i jurisdiccion, cualquier infraccion de las leyes del estado. Los que más padecerían con este sistema serían precisamente aquellos cuyo ministerio es más indispensable para atender a las necesidades espirituales de los fieles, esto es, los obispos i los curas, que teniendo que estar más en contacto con los mandatarios seculares, son los más espuestos a caerles en desgracia. Si a pesar de la inmunidad de que actualmente gozan, suelen tenerse con ellos tantas exigencias, coartarse con tantas trabas el lejítimo ejercicio de su autoridad, ¿qué sería si hubieran de ser juzgados por tribunales laicos? ¿Cuántas feligresías se verían inopinada i violentamente privadas del sacerdote que les suministra el alimento del alma i las sirve en las necesidades más graves i urjentes? ¿Cuántas diócesis se verían contristadas o anarquizadas con la persecucion o separacion de sus obispos? No se entienda empero, que solo reconocemos la necesidad del fuero en cuanto a los pastores de almas; la inmunidad debe estenderse, tal como pasa i la ha establecido la iglesia, a todos los eclesiásticos, pues de otro modo, i fuera de otras razones, se quebrantaría uno de los elementos de la cohesion i dependencia que todo el clero ha de tener con su jefe el obispo, cohesion i dependencia de que ha menester el buen gobierno en lo espiritual.

En apoyo de las precedentes consideraciones podríamos invocar la autoridad del género humano, pues en casi todos los pueblos, así cristianos como gentiles, se han establecido notables distinciones para los dispensadores de los misterios santos, i principalmente la inmunidad de sus personas. Empero, preferimos hacer notar que la inmunidad eclesiástica no es una cosa tan escepcional, puesto que en la sociedad civil razones más o menos análogas han hecho que se introduzcan privilegios de igual naturaleza a favor de los funcionarios más

caracterizados. Ante la lei, el jefe supremo del estado es impecable, inviolable, irresponsable; si gobierna de por vida, como en las monarquías, goza de esa inmunidad perpetuamente: si gobierna con limitacion de tiempo, esa inmunidad le acompaña mientras está en el mundo. Los miembros de los cuerpos lejisladores no pueden ser acusados, perseguidos o arrestados, si la cámara a que pertenecen, no autoriza previamente la acusacion, declarando haber lugar a formacion de causa. Los depositarios del poder judicial tampoco pueden ser acusados por delitos comunes. Esta inmunidad de que gozan los ministros del poder secular, así lejislativo, como judicial i ejecutivo, está destinada, por una parte, a defender sus personas del odio i persecuciones que su mismo puesto les concita, i por otra a consultar en provecho comun, la dignidad de sus funciones, la estabilidad en sus cargos, la independencia i rectitud en su mando. Estas mismas razones obran en favor de los funcionarios del orden espiritual; i con mayor fuerza, pues el cargo que ejercen es más augusto i trascendental, su autoridad más se apoya en la fuerza moral que en la material, i por fin, están más espuestos a ser oprimidos i vejados. I apesar de todo, entre el fuero de los eclesiásticos i las exenciones de algunos mandatarios del orden temporal hai la notable diferencia de que estos no tienen tribunal alguno que los juzgue en delitos comunes, i aquellos sí. Ahora bien, si la constitucion de los estados ha creído necesario sacar a los principales depositarios del poder público de la condicion comun de los ciudadanos, no se estrañe que la iglesia haya visto igual necesidad respecto de sus ministros, i que usando del poder que Dios le comunicó para establecer la disciplina que más conviniera al buen desempeño de su mision en el mundo, haya eximido a los clérigos de la jurisdiccion laica.

Continuará.

Crónica estranjera.

DOS SICILIAS.— Copiamos de *El Espíritu Público* la carta que sigue:

Nápoles, 30 de abril.

«*La cofia del silencio.*—Este instrumento de tortura, uno de los muchos *inventados* por los Borbones, gracias a la veracidad de la prensa pagada por la revolucion (*para decirlo*), se había considerado en Europa hasta el año de 1860 como un hecho positivo, i en Londres en particular no había elegante, miss. o grave político que no jurara la existencia de aquel tormento i su aplicacion cotidiana.

«La revolución triunfante, que enseñoreándose del reino se apoderó de todo i llenó las cárceles con sus adversarios políticos, buscó en vano el instrumento de tortura i los torturados.

«No han faltado, por cierto, las infames e insubistentes afirmaciones con objeto de denigrar la dinastía caída; pero todo ha sido inútil: el tormento i los atormentados no han aparecido. Eso no quita que para muchos el uno i los otros han existido realmente, sin reparar que por parte de la revolución había un cálculo en difamar el gobierno de los Borbones, que cometió quizás errores, i que por cierto cayó en el de ser demasiado indulgente i paternal.

«Ahora bien: más de tres años han trascurrido desde que los destinos de la patria i la suerte de nueve millones de personas está confiada a nuestros *jenerosos civilizadores*, i, sin embargo, ¿qué hemos visto? Las crueldades más atroces, las ilegalidades más inauditas; regocijarse con fusilamientos en masa; aprobar i aplaudir el saqueo i los incendios que han destruido poblaciones enteras; leyes escepcionales inhumanamente aplicadas, i, por fin, lo más terrible de todo, la tortura empleada en vasta escala.

«Hace ya tres meses la prensa se ocupó muchísimo del mudo Cappello, a quien, para comprobar la verdad del defecto de la naturaleza, se le aplicaron los *revulsivos volantes* (segun las palabras testuales del gobierno), i aún se ven sobre sus espaldas las señales de las multiplicadas aplicaciones de hierros candentes que abrasaban profundamente las carnes, contándose hasta el número de más de 60 cicatrices. Otros dos casos publican los periódicos, i ¡ojalá fuesen los únicos! ¡Quién sabe cuántos ha que se ignoran, i cuántos infelices han quedado malparados por las crueldades de que ha sido víctimas!

«El primero es el de un individuo llamado Carmine de Marino, de veinte i un años de edad, natural de San Leonardo, en la provincia del principado Citra, epiléptico. Conducido al hospital para comprobar su enfermedad, esperaron tranquilamente que le diese el ataque, i entónces le aplicaron, lo mismo que a Cappello, los *revulsivos volantes*, i cuanto más intensa era la convulsion, tanto más numerosos los hierros candentes que se emplearon.

«Siete horas de verdadero martirio sufrió el pobre Marino el 20 de diciembre de 1863, i solo se sobreesayó cuando los médicos declararon que se encontraba muy cerca de la muerte, i que no cabía duda alguna sobre su enfermedad. Desde entónces se halla entre la vida i la muerte en un hospital de la provincia de Salerno.

«El otro caso se refiere a Antonio Zio, natural de Ortañi, que afirmaba, i con certificaciones de los facultativos, ser asmático. Se quiso mayor seguridad: se le cargó de armas i bagajes como a un soldado en marcha, i se

le obligó a recorrer un trayecto de 30 millas, esto es, de Lecce a Taranto; i cuando le faltaban las fuerzas en el camino, se le reanimaba con golpes i bayonetazos, pero no le fue posible andar poco más de la mitad del camino; se reconoció la verdad de su enfermedad, i nueve horas despues Zio entregaba el alma a Dios.

«¿Necesitan comentarios hechos semejantes? I, sin embargo, Europa, que se conmovió por los supuestos desmanes de los Borbones, calla i aún aprueba las *medidas enérgicas* de los conculcadores de este pobre i desgraciado país. Pero la Providencia no podrá permitir por más tiempo esos horrores, ni, hablando en nombre de la humanidad, puede considerarse un estado de cosas basado sobre la inmoralidad, la mentira, la injusticia, el terror i la fuerza bruta.»

Dos palabras sobre la meditacion i la comunion espiritual.

Conclusion.

§ II.

Modo de hacer la Comunión Espiritual.

El modo de comulgar espiritualmente se reduce a practicar estos actos: 1.º Se forma dolor de todos los pecados de la vida, i se trata de preparar a nuestro Señor Jesucristo un corazón puro en el cual sea recibido: 2.º Se hace un acto de fe viva en Jesús sacramentado, diciendo que se cree firmemente que está en el sacramento, Dios i hombre verdadero como estuvo en la cruz en que murió por nuestro amor, i como está en el cielo, adorado de ángeles i de santos: 3.º Se considera el grande amor de nuestro señor, que se quiso quedar oculto en este sacramento para que lo recibiéramos en nuestro pecho. No solo no se retira de nosotros, sino que nos convida con el alimento de su misma carne divina, i desea que lo recibamos, apesar de nuestra baja e indignidad: 4.º Escítense en el alma vivos deseos de recibir a Jesús sacramentado, i aún convendrá imaginarse que recibimos la hostia consagrada en nuestros labios: 5.º Se dan gracias a Dios por haber venido a nuestro pecho, lo mismo que se le dan después de comulgar sacramentalmente, aunque sin demorar tanto tiempo, i se le pide las cosas que se deseen.

Para encender el alma en vivos deseos de unirse a Jesucristo sacramentado, convendrá mucho aplicarse aquellas palabras de san Ignacio mártir: *No deseo los placeres de este mundo, sino el pan de Dios, el pan celestial, el pan de vida, que es la carne de Jesucristo Hijo de Dios vivo; i quiero beber la sangre de aquel que es amor incorruptible i vida eterna.*

Una persona espiritual puede estar repitiendo frecuentemente esas palabras durante el día. Cuando se presentan a su vista objetos preciosos, agradables o hermosos, puede de-

cir: *No deseo las delicias, riquezas o hermostras, de este mundo; lo que deseo es el pan de Dios, el pan celestial, el pan de vida.* Solo deseo unirme a mi Jesús sacramentado, deseo las delicias de los ángeles, el tesoro de riquezas imperecederas. Solo deseo recibir en mi pecho el cuerpo de aquel Dios, cuyo glorioso aspecto alegra los cielos, i beber aquella *sangre* que por mi amor fué derramada, i hacerme participante de aquella *alma* que por mí fué angustiada i que en la cruz se apartó del cuerpo de mi Redentor, i de aquella *divinidad* que bajó del cielo para mi remedio, i que es la fuente i orijen de todos los bienes. Dirá con san Bernardo: *Mi alimento es Jesucristo.* El desea que yo lo reciba, i yo tambien lo deseo.

Pero, el mejor modelo para encender el alma en esos deseos nos lo suministra sor Francisca de las cinco llagas, religiosa napolitana de la órden de Alcántara. Acostumbra visitar espiritualmente al santísimo sacramento cuando no podia ir a la iglesia. Se la veía a veces elevarse del suelo con los brazos abiertos i el rostro vuelto hacia la iglesia más vecina. Entonces exclamaba: «O mi esposo, mi divino esposo! ¡o vos, alegría de mi corazón!, desearia reunir en mi pecho los corazones de todos los hombres para beudeiros i amaros. ¡O mi dulce Jesús! ¡cómo es que yo esté sin vos en este día! o mil veces felices las lenguas que os reciben, dichosos los muros de esa iglesia que encierran a mi Salvador. Cuanto deseo que mi corazón sea como un horno encendido en el cual arda sin cesar el fuego del amor divino, a fin de poderos amar más, ¡Qué digna de envidia es la suerte de los sacerdotes que estan cerca de este sol de justicia, cerca de mi dulce Salvador.»

I procuraba satisfacer su amor por medio de frecuentes comuniones espirituales, hallando en ellas recursos para los momentos de sequedad i desolacion. No era raro que sus comuniones espirituales fuesen transformadas en sacramentales, porqué fue comulgada por san Rafael, que era su ángel de guarda, de la misma manera que la bienaventurada Benvenuta lo era comunmente por san Gabriel. Muchas veces, mientras el Padre Biauchi, religioso bernabita, celebraba la misa, se vió quitársele el cáliz por una mano invisible (era san Rafael) que se lo devolvía después. En una ocasion, la preciosa sangre había desaparecido hasta la mitad, i Francisca dijo al sacerdote: «¡Ah! padre mio: sin la intervencion de san Rafael, que me recomendó dejar algo de ella, para que V. pudiera consumir el sacrificio, yo habría apurado el cáliz.»

Crónica religiosa.

FUNCION DEL APOSTOL SANTIAGO.—Mañana 31 tendrá lugar con toda solemnidad la funcion que anualmente se hace en la iglesia Catedral al patron de esta ciudad.

Pontificará el señor arzobispo: habrá la procesion de costumbre.

NOVENA DE SAN LUIS GONZAGA.—Ayer ha principiado esta novena con toda solemnidad en la iglesia de Santa-Ana. Todas las noches habrá plática i las harán los señores presbíteros D. Jorje Montes, cura de la parroquia, presbíteros D. Mariano Casanova i D. Alejandro Larrain. La funcion será el domingo, en la que predicará un relijioso de la Compañía de Jesus.

—En las Rosas habrá tambien mañana una gran funcion de San Ignacio de Loyola, estando encargado el presbítero D. Salvador Donoso del panejrico del Santo.

FE DE ERRATAS

En el número 826 se encuentran las siguientes :

Páj.	Col.	Lin.	Dice:	Léase:
569	2	10	las conculcase	los conculcase
"	"	42	(v. 19, cap. 8.)	(v. 19, cap. 5.)
"	"	46	84	54
570	"	14	a los que	a las que
571	1	8	nacion soberana, i no	nacion soberana. I no
"	"	57	las que se hayan	los que se hallan
"	"	62	seria opuesto	seria tan opuesto
"	"	48	establecen	entablen
572	1	59	le	les
573	"	51	concertados	concertadas
"	"	2	62, la Iglesia	. La Iglesia
574	1	1	el que	i el que
"	"	7	el proyecto es	el procedimiento es
"	"	19	reservados	reservadas
"	"	21	confesándose esas	confesándose que esas
"	"	2	29 del estado	de estado
"	"	31	para que revoque	a que revoque
575	1	62	cristianismo	cristiano
576	"	35	el ejercicio	del ejercicio
577	"	8	parcialidad le pueda	parcialidad pueda
578	"	3	no se diria	no se dirá

AVISOS.

LA REVISTA CATOLICA.

La *Revista Católica* se publica todos los sábados, menos en los meses de enero i febrero en los que solo sale dos veces al mes.

El precio de la suscripcion en Santiago, es de 2 ps. 50 cts. por semestres anticipados; en las provincias, 2 ps. 75 cts. libre de porte.

Cada número suelto 10 centavos.

Los semestres principian los dias 1.º de enero i 1.º de julio.—El año se cuenta de enero a enero.

A los señores Agentes i Suscriptores.

Habiéndose separado de la imprenta D. Jacinto Nuñez, se les previene que en adelante se entenderan con don

Ramon Varela.

Imprenta del Comercio, calle de la Bandera, núm. 25.